

ACTAS

DEL CÍRCULO DE ESTUDIOS DE
POLÍTICA CRISTIANA
SANTO TOMÁS BECKET



LA CRISTIANDAD UN LEGADO QUE NO PUEDE MORIR

JORNADA DE ESTUDIOS · DICIEMBRE DE 2018

NULLA · POTESTAS · NISI · DESUPER

¡Muchas gracias!

Publicamos en esta edición de las Actas del Círculo Santo Tomás Becket un resumen de las conferencias de la pasada Jornada de Estudios realizada en diciembre de 2018. Aprovechamos de agradecer a todos los asistentes su presencia, su participación y su colaboración para que esta actividad de nuestro Priorato haya sido un éxito, y Dios mediante, la primera de muchas.



Somos herederos

*Palabras iniciales del
R.P. Pablo González G., Capellán*

Amados hermanos:

Somos herederos de un gran legado. Un conjunto de leyes, de costumbres, de un arte, de una moral y de una filosofía, profundamente ordenadas y por lo tanto bellísimas. Se trata de un gran tesoro.

Este tesoro se llamó Cristiandad y se desarrolló en una gran familia de naciones. ¿Qué queda de ella? Sólo ruinas. Pero mientras vivan cristianos, podrá seguir viviendo de alguna manera esta civilización cristiana. ¿De qué manera? ¿Es posible hoy? ¿Es posible hoy seguir viviendo de acuerdo a la fe verdadera?

El fin de esta jornada, y del Círculo Santo Tomás Becket que la organiza, es que nuestros jóvenes principalmente —que son los que construirán el futuro— aprendan a valorar y amar este tesoro. No se puede construir el futuro sin mirar al pasado: no es posible.

Pero es importante decir, que no queremos tampoco cometer el error de mirar a un pasado glorioso pero idealizado, irreal. La historia la hacen los hombres y donde hay hombres, hay pecado. Es lo que dijo Nuestro Señor: «He venido a salvar a los pecadores». Si no, Nuestro

Señor no habría tenido una razón para encarnarse.

Entonces en esta mirada no idealizada al pasado, queremos descubrir este tesoro y llegar a ver a nuestros jóvenes principalmente, entusiasmados en transmitirlo porque verdaderamente lo aman. Pero nadie ama lo que no conoce.

Queremos que cuando un día escuchen algo como: «La fe es una excusa para evitar la necesidad de tener que pensar» se dibuje una sonrisa en sus rostros porque sabrán que la realidad es muy distinta a las frasesitas de moda. La fe ilumina el pensamiento y lo guía, no lo anula. La verdadera fe, la fe católica, eleva, no rebaja.

Queremos, como digo, mirar al pasado, para proyectarnos al futuro, en un mundo difícil, pero siempre planteando el mismo desafío: LA SALVACIÓN DEL ALMA. Y pensamos que esto fue menos difícil en la cristiandad. ¿Podemos al menos rescatar algunos elementos de esta civilización que se fue?

El desafío queda planteado y esperamos que esta jornada sirva para arrojar luz sobre este tema tan importante. ■



Desmitificando la Cristiandad

En la primera conferencia, el profesor Juan Carlos Ossandón nos precisó el sentido del término Cristiandad en la historia, subrayando cómo ésta mejoró la vida humana en todos sus aspectos.

«La civilización», dice S. Pío X en *Notre Charge Apostolique*, «no es algo que aún no se haya encontrado, ni la nueva Ciudad algo que haya de ser construido sobre las nubes. Ha existido y existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica». La realización histórica concreta del ideal cristiano reinando en la sociedad, la civilización cristiana, se dio en el periodo que llamamos Cristiandad.

Podemos decir que la Cristiandad abarca desde la caída de Roma hasta incluso el siglo XVII, incluyendo lo que comúnmente se llama la época medieval, pero llegando incluso hasta el fin del Imperio Español, el que en cierto modo encarnó la continuación histórica y espiritual de la Cristiandad como realidad social.

El profesor Ossandón nos ofreció una interesante ilustración de cómo en este período la Ciudad Cató-

lica, es decir, la sociedad organizada con Cristo Rey a la cabeza, iluminó la vida de los hombres.

La sociedad

En todos sus aspectos, la sociedad entera estaba imbuida por la fe. Tanto en las más altas nociones de la política, donde el Papado tenía el reconocimiento común de ser la piedra angular del ordenamiento jerárquico social, como en la vida del día a día, donde el calendario litúrgico marcaba y regía los tiempos y las estaciones, toda la vida de las personas giraba en torno a la fe.

Tal como se entiende hoy, básicamente no existía el Estado, pues la sociedad estaba organizada de un modo más natural, es decir, a partir de las realidades naturales.

Como en todas las épocas, había pecado y desvia-

ciones; pero a diferencia de la nuestra, existía aún una delimitación públicamente conocida y aceptada entre bien y mal.

La cultura

El conferencista hizo incapié en que, a diferencia de lo que se quiso hacer creer por la propaganda protestante, no fue la Cristiandad una época de oscurantismo e ignorancia. Fue en medio de la Cristiandad donde surgieron las primeras universidades, y fue el ambiente intelectual de esta época que dio como fruto a la mente más prodigiosa que se haya conocido en el mundo, santo Tomás de Aquino. Y no sólo era una élite intelectual la que se beneficiaba de esta cultura. Hacia los siglos XI, XII cada obispado y monasterio tenía su propia escuela para enseñar latín, letras, etc., con la consiguiente difusión de los bienes de la cultura a sus respectivas áreas de influencia.

Es muy revelador estudiar los epistolarios de diversos siglos para comparar los sentimientos y grandes temas que dominaban las preocupaciones de las personas. Una nota de contraste con nuestro tiempo es que en la Cristiandad, el fin principal nunca fue la riqueza material. La característica esencial de la relación del hombre medieval con los bienes materiales es que los ponía en su justo lugar, subordinado a lo espiritual.

Un detalle a admirar es cómo transformó la Cristiandad el lugar de la mujer en comparación con la antigüedad clásica. En el mundo pagano, la mujer era un simple objeto: para "casarse" con una mujer el hombre nada más debía raptarla o comprarla. El amor a la Virgen transformó la posición de la mujer con la idea de un amor puro hacia la mujer elevada en admiración: que es lo que, antes de decaer, expresó el amor cortés como ideal del caballero y su amada.

La economía

Para nosotros que vivimos en una economía liberal, es difícil imaginarlo, pero existe una manera cristiana de gobernar la economía y en esta época se alcanzó. Así como hoy las teorías económicas hablan del precio de equilibrio y del libre mercado, en una economía cristiana se reconocía que la actividad económica es primordialmente una actividad huma-

na, sujeta a las leyes que gobiernan el obrar humano: y lo que importa realmente no es encontrar el precio de mercado, sino el precio justo. El que cobraba más del precio justo tenía que restituir.

La organización económica se hacía en torno a los gremios, en los que se asociaban los miembros de un cierto oficio y quienes se auxiliaban mutuamente y vigilaban que no hubiera aprovechamiento injusto en su profesión. En general, hubo aquí más homogeneidad social y económica que en las épocas posteriores, y ciertamente que en la nuestra.

La iglesia fue transformando con los siglos la relación entre los señores y los siervos: los que en la antigüedad habían sido esclavos y considerados propiedad privada de su señor, ahora eran sujetos libres, respecto de quienes los señores no sólo tenían derechos sino también responsabilidades como de protegerlos y preocuparse de que estuvieran instruidos en la fe cristiana. A lo largo de los siglos el que había sido esclavo pasó a transformarse en propietario.

La guerra

En contraste con el mundo pagano, el mismo ejercicio de la guerra se civilizó bajo la influencia de la iglesia. Es en este periodo donde se formó la doctrina de la guerra justa. La guerra sólo se hace entre caballeros, respetando incluso el calendario litúrgico, cuando la jerarquía eclesiástica mandaba a los soldados a observar la "paz de Dios" y detener todo ataque en ciertos días y temporadas. La idea de atacar civiles en guerra era impensable.

La alegría

Pero lo más notorio del contraste entre la Cristiandad y nuestra época es cuán alegre era la vida medieval, en comparación con la nuestra. La tristeza es, por así decir, el pecado capital de la modernidad, y el suicidio, la plaga moderna. Pero el que retroceda y busque en la mente y en el vivir del hombre medieval, encontrará una Cristiandad llena de colores: llena de alegría en su música y en su poesía, en sus fiestas y en sus costumbres, y en la vida de múltiples generaciones que vivieron en la simplicidad de una vida dedicada enteramente a servir a Dios. ■



Cristiandad y Patria

¿Qué nos impide hoy reconstruir una patria cristiana? ¿Qué pasos específicos podríamos tomar -como fieles, como familias, como parroquia- para avanzar en esa reconstrucción? En esta conferencia el profesor Díaz Nieve discutió estas preguntas desde una perspectiva práctica, sin perder de vista las enseñanzas de la experiencia histórica.

En los diversos pueblos hispánicos los católicos venimos sufriendo los ataques del modernismo y ello se debe a diversos ataques y dejaciones. Vivimos bajo una “dictadura de las minorías”, donde cada pequeño grupo ideológicamente motivado busca imponer su agenda en la sociedad, dejándonos en cierto modo aislados en medio de una sociedad que, buscando responder a las demandas de cada minoría, se vuelve cada vez más hostil a la fe.

¿Qué hace el católico ante esto? La búsqueda de un falso orden ha hecho que muchos católicos se conviertan en defensores del Estado, órgano totali-

litario que de una manera u otra impone no sólo comportamientos, sino que pretende también regir y controlar las conciencias. De hecho, el concepto de Patria se ha confundido con el de Estado; y muchos olvidan que nuestra primera lealtad es con la Iglesia. Antes que patriotas, somos cristianos.

Ante los ataques de la izquierda política muchos han buscado el refugio en el llamado mal menor, olvidando que el mal es mal en todos sus caras y facetas.

Tomemos el ejemplo de España: ante una socie-

dad siendo velozmente secularizada, los católicos han buscado contrarrestar esta tendencia apoyando movimientos liberales, en la medida que estos movimientos defiendan algunos pocos principios católicos. No debemos y no podemos conformarnos con lo “menos malo” que ofrece el sistema imperante.

Finalmente, en la búsqueda de una vida acomodaticia, los católicos han preferido refugiarse en el calor de sus hogares renunciando a dar una lucha abierta y frontal al orden impuesto. Esta lucha abierta y frontal se puede dar dentro de los márgenes de ese sistema, buscando los resquicios que las leyes permiten. Es de una grave importancia la necesidad de reconstruir el Orden Cristiano, y para ello el primer paso ha de ser la reorganización de estructuras comunitarias.

Esta lucha es posible hoy, pero para darla tenemos que conseguir cultivar entre nosotros dos requisitos muy importantes: la colaboración entre los católicos y el espíritu de resistencia. No lograremos lo primero si no aprendemos a cultivar una noción de grupo, de “espíritu de cuerpo”; de percibirse como un conjunto y no una suma de individuos. No lograremos lo segundo si no superamos la actitud burguesa, individualista y cómoda en la que muchos de nosotros estamos acostumbrados a vivir.

Contrastemos nuestro modo de vivir como católicos con la de zonas del mundo que han sufrido en el pasado persecución a la Iglesia: aun hoy sus descendientes conservan una identidad católica fuerte, porque el mismo hecho de haber tenido que resistir les hizo conscientes de la necesidad de luchar por la fe y de transmitir ese espíritu de lucha a las generaciones siguientes. Pensemos en el ejemplo de los aldeanos franceses que se levantan de madrugada para asistir a la misa de 5am en Le Barroux: un espíritu de fe y sacrificio tal les viene de generaciones de fe vivida y conservada ante la hostil persecución de la Revolución.

Nosotros lamentablemente no hemos tenido esa historia, y por tanto tampoco ese espíritu de lucha: pero eso no nos exime de la necesidad de mayores esfuerzos por resistir.

El adquirir ese espíritu de resistencia nos debiera llevar a unirnos y usar los resquicios que la sociedad nos permite ahora, para ganar hoy esos espacios donde la fe pueda sobrevivir: porque la tendencia va a ser a que cada vez más estos espacios se cierren, mientras la mentalidad totalitaria de los enemigos de la Iglesia busquen exigir de todos el sacrificio de las conciencias. Los católicos deben organizarse, formar institucionalidad y cultura católica: formar lo “propio” al margen de lo que ya existe como estado y sociedad. ■

«Nuestro Señor busca las almas humildes, que a pesar de todas sus miserias, se esfuerzan por agradar a Dios. Por ello hemos querido poner la Santa Misa en medio de esta Jornada de Estudios, porque la Santa Misa es una magnífica expresión de esta humildad cristiana tan necesaria hoy en día. Nuestro Señor es el que se ofrece en el altar a su Padre, por obediencia y como muestra de sometimiento absoluto a Él. Esta es la actitud que todo cristiano debiera tener y renovar junto a Nuestro Señor en cada Santa Misa. Quiera Dios que nuestros jóvenes puedan albergar estos sentimientos en sus corazones. Quiera Dios que nuestros jóvenes sean capaces de amar su santa Ley, aun en medio de este mundo anticristiano. Quiera Dios que puedan mantener viva la llama de la verdadera fe para las futuras generaciones».

Del sermón del R.P. Capellán durante la Santa Misa



La patria posible: nuestras familias cristianas

La Cristiandad sólo se construirá a partir de pequeñas cristiandades, que son nuestras familias reunidas en tornos a la parroquia. Un foro de padres de familia compartieron sus experiencias como jefes de familias cristianas en medio de un mundo hostil.

Damos a continuación un resumen de los principales puntos tratados por los foristas en respuesta a las preguntas formuladas por el moderador.

¿Es posible hoy en día ejercer una autoridad firme que vele por el bien común de la familia?

La familia es como un barco, los hijos son tripulantes, el papá es el capitán. Y esto significa que la autoridad tiene que ser fuerte: esto no puede ser puesto en duda. Pero la fuerza de la autoridad no viene de ser ejercida de un modo despótico, sino más bien de la consecuencia con la que se ejerce: el ejemplo del padre que no exige a sus hijos sino cuanto se exige a sí mismo.

La autoridad viene de Dios y los hijos aprenden a ver esta jerarquía en su familia, donde todos obedecen al papá, y en el padre que obedece y rinde culto a Dios. Las gracias para ejercer esta autoridad las da Dios solamente a los padres, por medio del sacramento, así que pese a que nadie nace sabiendo cómo mandar ni sean todos grandes teólogos, los padres de familia tienen los auxilios de la gracia para ejercer su autoridad virtuosamente.

No hay que perder de vista que, para los que no tienen vocación a la vida sacerdotal o religiosa, la vida matrimonial es una vocación y por tanto una escuela de santidad, y el ejercicio de la autoridad es parte de los deberes de estado de esa vocación que han de ejercerse santamente.

¿Qué problemas enfrenta la familia educadora en estos tiempos de anticristiandad?

La situación actual nos obliga a tomar decisiones difíciles. Un ejemplo de esto es la educación, donde eligiendo incluso colegios católicos no se está a salvo de que los hijos se contaminen con ideas y costumbres malas. El *homeschooling* ha sido una elección de varias familias para enfrentar este problema en conjunto: pero para esto hay que unirse, hay que organizarse, hay que conocerse entre nosotros, para que las familias puedan apoyarse entre ellas. Otra opción es enviar a los niños a los internados en La Reja o a las niñas con las Madres Dominicas, cuando se puede. Que las familias se unan en el priorato, y con fieles de los otros prioratos, ayudará también a que los hijos no se sientan "bichos raros", aislados, sino que se separan parte de un gran grupo de familias que no obstante a ser minoría se esfuerzan por vivir cristianamente.

En último análisis, la solución a la apostasía de estos tiempos está en las familias católicas. Para poder mantener a nuestras familias católicas, hay que reconocer que estamos en un tiempo anormal: y a problemas extraordinarios, soluciones extraordinarias. No podemos resignarnos a hacer lo acostumbrado o lo socialmente esperado pues la situación exige soluciones necesariamente más arduas.

No olvidemos, de todos modos, que también tenemos el deber de atraer a otras familias que están buscando ser fieles a nuestro Señor pero

que todavía no han encontrado la Tradición. Nuestra fuerza estará en la unión que tengamos entre nosotros.

¿Cómo apoyar a las esposas para cumplir su vocación de madres?

Es muy claro el beneficio que se sigue para la familia que las madres puedan estar con los niños. Una madre enseñándoles a sus hijos a cumplir sus deberes con Dios y con los demás es irremplazable. No siempre es posible pero es un sacrificio que vale la pena hacer: y hay que tener confianza en que si nuestro Señor da la boca, nuestro Señor da también el pan.

¿Cuál debería ser la relación de la familia cristiana con el priorato?

Debemos estar cerca del Priorato y en particular cerca de los Padres. Nuestras familias dependen de la vocación que ellos tuvieron.

En torno a estos hombres de carne y hueso que Dios ha elegido como representantes Suyos es donde se debe generar y se generan estas comunidades donde la fe puede respirar, y donde podemos acudir cada domingo a recibir la vida que Dios nos da por los sacramentos.

Hay que aprender del ejemplo de otros países donde se vive una vida mucho más comunitaria que nosotros. El centro de esta vida comunitaria es el Priorato: pero no es el único lugar donde esto se debiera dar, pues debiéramos también cultivar la amistad cristiana entre nuestras familias. Esto implica un esfuerzo por conocerse más, juntarse más, fortalecer el vínculo y la relación entre nosotros y los Padres, sobre todo para que también nuestros hijos se conozcan y fortalezcan en la fe y en la caridad, que es la base de nuestra santa religión. ■

Palabras de cierre

¿Les ha pasado que a veces desearían haber vivido en otra época? En algún período de la historia de valores más altos, vidas más esforzadas, con las realidades de Dios, Patria y Familia firmes.

Ese deseo por tiempos pasados, es decir, por los tiempos en que no nos tocó vivir, se parece en parte al deseo de los conversos de haber querido llegar a la Iglesia con anterioridad al momento en que efectivamente obró su conversión.

¿Será bueno añorar tanto esos tiempos pasados?

En principio podríamos decir que sí, siempre y cuando lo que se anhela son los principios últimos; podríamos decir también, el fondo de esa época, por sobre las formas. Se trata de un deseo sana-mente impulsado, pero con gran facilidad se puede pasar al extremo opuesto, en que ese deseo constante de los tiempos pasados sirve sólo para rechazar el tiempo presente en que efectivamente estamos llamados a servir.

¿Por qué tendríamos que desear vivir en otro tiempo que no fuese éste? Porque nunca habíamos estado enfrentados a tantas opciones de caos y desastre que amenazasen con echar abajo todo lo sano que puede existir exaltando en su lugar los más temibles sinsentidos, dejando a masas de gente sin vida ni libertad, sino sólo existiendo, deambulando.

Mientras más oscura y siniestra avanza la noche, más brillará la luz de hombres y mujeres que deciden hacerle frente con cada uno de sus pasos. ¡No se trata ya de grandes empresas o gestas inmensas! Sino de pequeños actos, pequeñas cosas, portando cada uno el espíritu del tiempo que añoramos, el tiempo de la Cristiandad.

Las generaciones que nos precedieron

Una primera generación apoyó al esfuerzo de monseñor Lefebvre durante su vida. Generación valiente y pionera que se empeñó arduamente en la defensa de las cosas de Dios, la Sagrada liturgia como la más importante, y tras ella la doctrina y los misterios de

nuestra Fe, heredada desde tiempos milenarios. Sufrieron el escarnio y descrédito de la inmensa parte del pueblo y las autoridades eclesiales, por el simple hecho de ser fieles al principio.

A esta generación de pioneros en el resguardo de la tradición se uniría prontamente una segunda, compuesta en su mayoría por personas que nacieron en las décadas próximas al tiempo de los revolucionarios cambios.

Esta generación se superpuso a las novedades y fue capaz de ordenar sus decisiones en torno a la necesidad de llevar vida parroquial. Perseverando con sinceridad y superando las divisiones de siempre, han visto ser posible no sólo alcanzar la estabilidad, sino que el ímpetu para lanzarse más allá conquistando un nuevo espacio para el culto.

Los actos de estas dos generaciones han sido claramente recompensados, y a partir de ellos encontramos una tercera generación, nacida a partir de los años 80 y hasta más o menos la primera década del 2000. Esta generación creció al amparo del rito salvado, con la seguridad y el resguardo de los espacios levantados del esfuerzo conjunto de sus predecesores.

Tenemos la fe, tenemos iglesia, ¿y ahora?

Ahora bien, si ya tenemos la Iglesia, si se ha resistido a los intentos por hacer desaparecer los ritos, si ya vemos que ha sido posible formar familias que crezcan en torno a la fe con un lugar sólido y seguro donde fomentarla, fomento que se manifiesta en los distintos apostolados, ¿cuál es el desafío a asumir en los próximos años?

Les voy a pedir que piensen, recuerden a algún ser querido, muy querido, pariente o amigo, que haya ya fallecido. Alguien que hayamos amado mucho, y que, en el fondo, desearíamos volver a encontrar. Imaginemos que esa pariente o amigo efectivamente volverá a visitarnos, ¿no habría en nosotros una gran emoción por ese reencuentro? ¿No nos esforzaríamos en preparar todo para esa llegada? Incluso si sabemos que habría que esperar hasta el

encuentro, no dejaríamos de considerarlo y de ordenarnos teniendo presente ese regreso.

Y si esperar el reencuentro con ese ser amado que ya no está nos entusiasmaría tanto, icuánto mas no debe entusiasmarnos el retorno triunfal de quien nos ha amado más que nadie en el mundo!

Cristo vuelve. Y a nosotros nos toca asumir el deber político de preparar Su regreso, como se espera el regreso del ser amado, esperamos aquí al del amado Soberano.

Así, entre el compromiso inmediato que tenemos con la parroquia y el compromiso más alto para con el cielo, se mantiene esta esperanza entre los cielos y la tierra, del retorno final en gloria y majestad de Cristo Rey.

Ese retorno exige compromiso y proyección política de los esfuerzos que nos toque asumir según cada uno de nuestros deberes de estado.

Contraargumentos

Dicen: “somos pocos y demasiado débiles, torpes, ignorantes e inseguros”.

Cierto. Somos todo eso, especialmente en esta generación que ha nacido en tiempos de comodidad e inmediatez, que hace que nos guste tanto gozar de múltiples derechos sin aprender a amar nuestros deberes. Somos así una generación tremadamente débil, pero basta ya de darnos el lujo de tomarlo como excusa, isi es justamente la base para combatir más y mejor! Reconocer nuestra debilidad es el primer paso obligado para que Cristo reine en nuestro corazón; hagámoslo, y acto seguido nutrámonos inteligente y amorosamente con la gracia que podemos encontrar en nuestra Iglesia, y renovemos nuestros esfuerzos para resistir al enemigo y su revolución.

“Fuera de eso, está todo en contra, televisión, prensa, gobiernos, internet, finanzas, las grandes fuerzas de este tiempo...”

Y tienen toda la razón, está todo eso en contra.

Pero todos aquí conocemos un poco la historia de la Iglesia y de nuestro continente, como para darnos

cuenta de que cada momento oscuro de la historia ha sido vencido por grupos de hombres y mujeres que se levantaron llenos de resolución, determinación absoluta y total para decir que la Iglesia y sus naciones aún seguían vivas.

Unirnos para resistir

Todavía existe la familia, todavía existe la Patria y por cierto que todavía existe, existirá por siempre, Dios por sobre todas las cosas, como fin último de nuestras vidas. Ordenados a ese fin y actuando con esta convicción, nos haremos cargo de las dificultades de este tiempo, apoyándonos los unos a los otros, amándonos los unos a los otros con una concordia fraternal.

Nosotros somos los legítimos herederos del pueblo elegido, de Roma y la Cristiandad, muy especialmente por medio de esa España donde nunca se ponía el sol y que es madre de la dulce Patria chilena. Glorioso pasado, que nos exige un presente de compromiso hasta el final, estudiando nuestra propia doctrina y también la de ese enemigo que tenemos que enfrentar, y que debemos enfrentar en serio si no queremos que nos quiten el Templo, o el derecho a formar familias y educar a nuestros hijos; pues es por ellos, a esas nuevas generaciones a las que van a venir a buscar en un afán de impedir que pueda haber nuevos santos trabajando para el retorno de Cristo.

Ello implicará nuevos cansancios y dolores, pero juntos los superaremos haciendo buen uso de las armas, las armas que ya están a nuestra disposición. Lo haremos por los que nos precedieron, nuestros ancestros que hicieron grande a la Iglesia y a Chile en otro tiempo, así como lo haremos también por los que vendrán para que puedan crecer seguros y libres, siendo más santos que lo que nosotros podemos llegar a ser, para que llenen de flores los cielos.

No tengamos miedo de resistir y confrontar a los partidarios de la iniquidad, antes hagámoslo felices del tiempo que nos tocó, seguros que ante cualquier dificultad siempre contaremos con el tierno abrigo del manto de Nuestra Madre: Ella, con mayor fervor que nadie, desea que por medio de nuestros distintos esfuerzos se llegue a restaurar todas las cosas en Cristo. ■

ACTAS DEL CÍRCULO DE ESTUDIOS DE POLÍTICA CRISTIANA SANTO TOMÁS BECKET

El Círculo de Estudios de Política Cristiana Santo Tomás Becket del Priorato Cristo Rey, Santiago de Chile, se reúne los primeros sábados de mes a estudiar la doctrina social cristiana. Para mayor información, contactar con el capellán, R. P. Pablo González G.



Imagen de la portada:
Jornada de Estudios del Círculo Santo Tomás Becket, 15 de diciembre 2018

Fotografías:
Jorge Marchant



Es necesario resistir. Es necesario construir mientras otros destruyen. Es necesario reedificar las ciudadelas derrumbadas, reconstruir los bastiones de la fe. Primero el santo Sacrificio de la Misa de siempre, forjador de santos. Luego nuestras capillas que son verdaderamente nuestras parroquias, los monasterios, las familias numerosas, las escuelas católicas, las empresas fieles a la doctrina social de la Iglesia, los hombres políticos decididos a hacer la política de Jesucristo.

Monseñor
+ Marcel Lefebvre
Le destronaron, cap. 35